

**perifèria**

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

Los objetos y la memoria: pequeña etnografía de un piso en la Barceloneta

Maite Marín – Universitat Autònoma de Barcelona ¹

Resumen

El presente ensayo pretende ser una reflexión sobre los objetos y su capacidad de contener la memoria de lugares, tiempos, identidades. El hilo argumental son las historias que evocan muebles, relojes, pinturas, fotos de un piso de la Barceloneta. A partir de ellas, los tres habitantes de ese espacio reconstruyen partes de sus vidas nómadas, atravesadas por procesos de exilio y migración. Los objetos, con su perdurabilidad, permiten librar la batalla al olvido pero también configurar nuevos espacios y sentidos.

Palabras claves: Objetos, memoria, identidad, exilio, migración, cultura material.

Abstract

This essay is a reflexion on objects and their ability to contain the memory of places, times, identities. It tells the stories evoked by furniture, clocks, paintings and photos in a flat in the neighbourhood la Barceloneta. From these stories, its three inhabitants rebuild parts of their nomadic lives, marked by exile and migration. The objects, with their durability, can impede the effort to forget, but also set up new spaces and meanings.

Key words: Objects, memory, identity, exile, migration, material culture.

"O bien arraigarse, encontrar o dar forma a las raíces de uno, arrancar al espacio el lugar que será el nuestro, construir, plantar, apropiarse milímetro a milímetro de la 'propia casa'. [...] O bien no llevar más que lo puesto, no guardar nada, vivir en un hotel y cambiar a menudo de hotel y de ciudad y de país; hablar, leer indiferentemente cuatro o cinco lenguas; no sentirse en casa en ninguna parte, pero sentirse bien en casi todos los sitios".

(Perec, 1999:110-111)²

¹ Enviar correspondencia a: marinandina@gmail.com

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name**Introducción**

Cuando la gente se exilia, emigra, viaja, huye..., se produce un desplazamiento de lugares que muy a menudo comporta a su vez otro tipo de desplazamientos. Hay objetos que deben abandonarse, a veces a la fuerza, a veces concienzudamente. Pero otros muchos, por su relevancia o su simbolismo, son acarreados en el viaje y servirán para la reconstrucción de las nuevas vidas, en los nuevos lugares.

En ese sentido, los objetos ejercen como pequeños santuarios de memorias. Condensan tiempos y espacios convirtiéndose en artefactos cuasi sagrados. En su materialidad pueden contener el lugar de origen, identidades dejadas atrás, viejos amores... Así, el reloj de una antigua casa puede convertirse – como figura metonímica – en “la vieja casa”. Una carta puede guiar a la infancia, una fotografía recrear el hogar perdido, una maleta encerrar toda una trayectoria familiar de exilios.

Lo pude comprobar durante el “trabajo de campo” realizado en casa de Laura, Leo y Mario. A lo largo de varias visitas, cada uno de ellos me fue mostrando en sus cosas como, de maneras originales y únicas, atesoraban en ellas fragmentos de sus vidas pasadas. Reliquias o colecciones, libros y discos, recortes de periódicos invitaban a volver la mirada atrás y, simultáneamente, hacia delante.

En cada objeto se abría una historia y otra, y otra. Como las muñecas rusas que guardaba Laura, las memorias de los habitantes de la casa fueron trabándose. Pero a veces un viejo artefacto contenía una historia diferente según la contara uno u otro. Así, la casa visitada constituía, en sus escasos 50 metros cuadrados, un espacio de espacios-memorias que se entrecruzaban y entretejían. En ese piso de dimensiones reducidas, ningún objeto era casual. Había poco lugar para lo azaroso y cada mueble, cada elemento decorativo, remitía a una relación y a un momento de vida fijado ya para siempre a las cosas.

² Perec, Georges (1999) *Especie de espacios*. Barcelona: Montesinos.

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name**El objeto de la discordia**

Todo empezó en el tórrido verano de 2003. En las tardes, cuando declinaba el sol y el calor, salíamos Laura y yo a pasear y conversar largo y tendido por el barrio donde ella vivía, la Barceloneta. Laura había nacido en Chile, pero a raíz de la dictadura se había exiliado durante los años ochenta a México, donde nació Mario, su único hijo. A su actual pareja, Leo, arquitecto argentino, lo había conocido en la capital mexicana. Vivían juntos desde hacía unos ocho años, y hacía poco que habían llegado de México D.F. para instalarse en Barcelona. Yo también acababa de llegar de México y estaba todavía, como ellos, en pleno proceso de reajuste. Por eso me gustaba tanto ir a su casa.

Un mueble es, aparentemente, un objeto inofensivo. Pero en los relatos de aquel verano, una pequeña cómoda podía convertirse en algo vivo, capaz de trastornar vidas cotidianas. El mueble en cuestión había sido encontrado por Leo en la calle. Era por tanto, un mueble viejo, que había sido abandonado. En uno de sus paseos nocturnos, Leo lo vio y lo recogió. Contento por el hallazgo, lo llevó al piso que habían alquilado en la Barceloneta.

Cuando Laura vio la vieja cómoda sintió un profundo disgusto. No le gustó para nada. Pero Leo estaba convencido de que les podía servir, además de que le parecía "simpático": un mueble "estilo años 70". Un mueble útil y pequeño para guardar cosas.

A Laura le parecía deprimente recoger "cualquier cosa" en las calles. El recuerdo de su antigua casa en México, luminosa y grande, llena de muebles y objetos hermosos, era demasiado fuerte para tolerar aquel viejo objeto que alguien había desechado y abandonado a la buena de Dios. Si para Leo era un chollo andar por las calles y toparse con cosas en tan buen estado, para ella era todo lo contrario: un signo de que algo andaba mal.

Con el paso de los días el mueble fue generando una mayor tensión. Ella, al verlo cada mañana, se malhumoraba. Pero él no quería dar el brazo a torcer. El mueble siguió en la casa hasta que finalmente la tormenta estalló. Laura me llamó un día a casa desconsolada: necesitaba alojamiento temporalmente, un espacio neutro para

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

tomar distancia de su casa, de Leo, del viejo mueble encontrado en la calle y que ella detestaba.

Obviamente el mueble era el escenario donde se jugaban cosas más trascendentes que las discrepancias sobre el gusto estético. Para Laura significaba la vivencia de un nuevo exilio y la sensación de pérdida. ¿Otra vez la interrupción, el desgajamiento de las cosas y los lugares? La vivencia, en cambio, era totalmente distinta para Leo. Barcelona, el sueño para un arquitecto en el año 2000. Lugar de oportunidades, donde encontrar, hasta en los desperdicios, objetos con los que ensayar nuevos usos, nuevas lecturas, nuevas vidas. ¿Las dos caras de todo exilio?

Como escribía Perec (2004: 13)³ al referirse a una pieza de puzzle, *"el objeto considerado no es una suma de elementos que haya que aislar y analizar primero, sino un conjunto, es decir, una forma, una estructura"*. En ese sentido, los objetos que poblaban el piso de la Barceloneta conformaban un único relato coral.

El viejo mueble, tapado ahora con una tela amarilla y colocado en un espacio neutro de la casa, es entonces el primer objeto que abre un recorrido múltiple que me lleva varios días a la Barceloneta. En el pequeño piso asisto al despliegue de auténticos microcosmos a partir del inventario de los objetos que lo habitan, porque tal y como concluye Pérec (ídem) *"sólo las piezas que se hayan juntado cobrarán un carácter legible, cobrarán un sentido."*

Subimos rápido la escalera. Leo nos está esperando en lo alto del tercer piso para enseñarnos su casa... y sus cosas.

³ Perec, Georges (2004) *La vida instrucciones de uso*. Barcelona: Anagrama.

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name
Los habitantes de la casa
Leo

Leo es un apasionado del tango y, sobre todo, del "gordo" Pichuco, su músico preferido, su santo de devoción: "Uno de los grandes del tango, todo un personaje". Al lado del ordenador, una foto del "gordo". Pero en archivos digitales, toda una colección...



Leo tiene 45 años y acento porteño. A pesar de los años en México, el acento no se le despegó. Su familia llegó a Buenos Aires desde distintos tiempos y lugares: de Irlanda, Francia, España e Italia. A mediados y fines del siglo XIX, y a principios y mediados del XX. Su vida es por tanto un cruce de exilios y viajes familiares. Su primer apellido remite a la rama paterna, proveniente de la Camarga francesa.

Cuando le pregunto acerca de los objetos que tiene en la casa, rápidamente va a buscar una cartilla de racionamiento, utilizada en Francia tras la Segunda Guerra Mundial. Esa cartilla contiene pequeños bonos recortables e intercambiables por dosis de comidas: un almuerzo o medio almuerzo, un desayuno o medio desayuno. Extrañamente, esa cartilla posee todos los bonos. Ese documento había pertenecido a su padre quien consiguió recuperarla en uno de los viajes que le llevó de retorno a Francia. Con ese curioso objeto Leo inicia un intrincado relato familiar vinculado a distintas emigraciones desde la "vieja Europa" hacia la tierra de oportunidades que fue América del Sur.

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name


Una vieja maleta, comprada en Budapest y con casi dos siglos de vida, es el rastro más visible de esos largos viajes, que confluirán en Belgrano, el barrio de clase media de Buenos Aires, donde él nació. Múltiples e increíbles historias afloran en las conversaciones. Y, poco a poco, objetos y relatos se van desempolvando. Fotografías de su tío más querido fallecido hace poco. Viejas cámaras fotográficas (la cámara de la familia paterna y la de la familia materna) que por distintas vías Leo ha heredado. Cada cámara remite a la historia de una rama familiar. Y el hecho de que ambas reposen juntas, de que se hayan encontrado en esta casa de la Barceloneta es algo que llama la atención. Intento imaginar las fotografías que habrán tomado, en Italia o en Francia, quizá la salida de un barco en algún puerto mediterráneo, las calles de Belgrano en domingo. Y me pregunto si, en algún momento, ambas habrán congelado el mismo acontecimiento familiar, el mismo paisaje urbano. Detrás de los viejos aparatos asoma una fotografía de una Laura bellísima y muy sonriente, en México.



perifèria

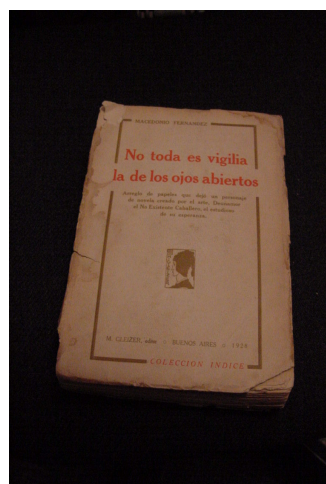
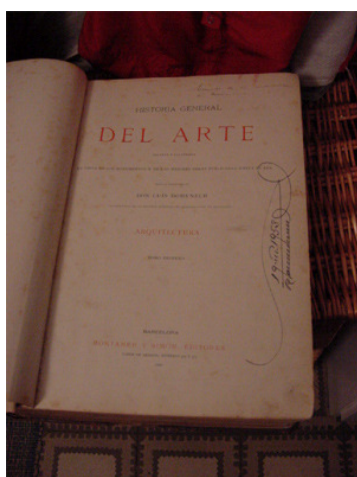
Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

Leo, el hijo primogénito y uno de los primos de más edad, se ha ido convirtiendo (eso lo irá reconociendo durante mis visitas) en del depositario de la memoria física y oral familiar. Puede remontarse prodigiosamente a varias generaciones y recuerda con nitidez varios episodios que se esparcen longitudinalmente en el tiempo, atraviesan años de silencios impuestos y secretos familiares.

Antes de dejar Buenos Aires, fue recibiendo objetos y documentos familiares, pero cuando se fue lo encomendó todo a un pariente. Durante las entrevistas que mantenemos toma conciencia de la importancia de esas cajas, de ese legado, y se cuestiona duramente sobre su decisión de haber "abandonado" esos objetos.

Leo dejó Buenos Aires en busca de una nueva vida. Quería irse a Alemania, pero recaló en México, donde se quedó tras conocer y enamorarse de Laura. De esa mudanza de Argentina a México recuerda, sobre todo, haberse llevado libros: libros reliquia, libros recuerdo, libros fetiche. Libros de sus escritores más queridos: Macedonio Fernández, Borges y Cortázar. Libros de arquitectura comprados en ferias de segunda mano y que viajaron en la maleta de Leo de Buenos Aires a México y, más tarde, de México a Barcelona. Algunos de estos libros de arquitectura habían sido impresos a finales del siglo XX en Barcelona. Curiosamente, un siglo más tarde, regresaron a su ciudad de origen.



perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

La biblioteca es una de las ideas y espacios articuladores de la casa. La frontera entre sus individuos. "En un lado de la pieza están los libros míos. En el otro los de Laura. Antes los libros estaban estrictamente separados. Ahora parece que se están juntando poco a poco". Los años han ido flexibilizando las fronteras, mezclando los gustos.

Otros objetos fetiches de Leo son los cd's de tango, que ocupan un espacio central, junto a la fotografía de Pichuco, en las estanterías. Bajados de internet, comprados o regrados, constituyen una fonoteca impresionante de toda la historia del tango en Argentina.


Laura

Laura muestra los objetos a cuentagotas. Durante los días de mis visitas los va mostrando poco a poco: buscando el tiempo preciso, la intimidad necesaria para poder recorrer el camino que llevó cada objeto a esta casa.

Al principio me cuenta que lo único que ella ha atesorado de sus vidas pasadas son pinturas. Pequeños cuadros que ha ido coleccionando. Esa es, inicialmente, la presentación oficial de su memoria. Una memoria de coleccionista de objetos de arte, donde la historia se limita a recordar el momento en el que compró cada pintura, su precio, el nombre del pintor.

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name


Pero, poco a poco, la memoria se vuelve sobre sí misma. Bajada la guardia del inicio, empieza el inventario de los objetos más cercanos. Uno de los que me muestra con más pasión es el baúl que hace poco compró en Italia –tras ardua búsqueda- y que “intenta” ser el baúl de su infancia. O el taburete que le pidió recientemente a su madre que le pintara y le enviara, imitando uno de sus taburetes de cuando fue niña en Chile.



Ese baúl y ese taburete forman parte de una búsqueda “sustitutoria” de las cosas que convivieron con ella durante su infancia en Chile y en su vida de adulta en México. Ya sea por pedido expreso a amigos y amigas, o a parientes que están “allá”, está atesorando nuevamente objetos por los que en un momento dado sintió apego y que fue perdiendo en el transcurso de su vida nómada.

No hace falta que sea “la cosa original”, me cuenta, basta con que sea parecida. Pero hay otras cosas que sí son originales y que entroncan directamente con las historias vividas. Las pequeñas pinturas de Haití, un país en el que estuvo hace muchos años, la remiten a un viejo amor del que no quiere contar mucho. También

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

los objetos guardan silencios.

Las muñecas rusas que trajo de su breve estancia en la antigua URSS, y que tanto le gustan a ella y con las que tanto jugó Mario; son las muñecas que la transportan a su maternidad, a la época de los juegos y de los cuentos compartidos con su hijo. También a la época en que estaba convencida de que todavía había proyectos colectivos de cambio.

Durante mi visita Laura se da cuenta de que atesora, sobre todo, cosas y objetos de México, el país donde dejó su "casa": alebrijes, altarcitos, figuritas de barro, incluso una pequeña Virgen de Guadalupe, la Patrona mexicana que ahora ocupa un lugar privilegiado en el piso de la Barceloneta.



Aunque vivió en distintos lugares de México, Laura siente que un día "hubo una casa". De ella tiene recuerdos y objetos que se trajo consigo, como un reloj de chapa que se "robó" y que marca las horas en su piso de la Barceloneta. A ella le alivia y le gusta que ese reloj esté allí. Es, me dice, como tener un pedazo de su anterior casa en la nueva. No es casual que un objeto que mide el paso del tiempo haya servido como puente para cruzar de una casa a otra, hilvanar una vida a otra.

Laura desgrana el relato de su vida a partir de la muestra escrupulosa de cosas que guarda como si fueran "reliquias". En un momento dado, desaparece durante un buen rato. Cuando regresa me muestra un artículo fotocopiado –con fecha de 1981– donde ella aparece, estudiante todavía de la Universidad Técnica de Santiago de Chile, junto a otros jóvenes. Habían sido expulsados de la universidad por "subversivos" y ese hecho levantó una ola de protestas estudiantiles. Laura,

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

entonces joven miembro del partido comunista, tuvo finalmente que exiliarse. Dice que al final sentía que la perseguían, que estaba siendo observada y que su vida podía estar bajo peligro. Pero hasta ahora se sorprende de su falta de miedo ante aquellos acontecimientos.

La fotocopia de ese diario da pie a todo un relato de huida. Cuando tuvo que dejar Chile, Laura recuerda que apenas se llevó nada de su casa, ni tan siquiera algún objeto fetiche, ni libros preferidos. Nada.

Yo le digo que es quizá porque tuvo que irse del país de forma abrupta, en contra de su voluntad y en situación de riesgo. Pero ella apela a sus 20 años. Quizá sean las dos cosas. Un momento histórico vivido desde una edad y una actitud concreta, la de quien está al principio de algo.

Irse a México, siendo México estación de paso. Porque el objetivo final para Laura, como para casi todos los jóvenes comunistas que "debían exiliarse", era la URSS. Cuando Laura llega a Moscú, no puede quedarse a su pesar, y debe regresar a México. En perspectiva, cree que aquello en todo caso fue una suerte. Con el tiempo, logró amar a México y su cultura, hasta el punto de que estudiaría antropología.

La relación con su hijo está salpicada de objetos. Libritos, dibujos pintados por él, fotografías... Es un cuento, el *Vuelo de Apolodoro*, el objeto que ella recordará en nuestra primera conversación. Mario rescatará también ese cuento, junto al relato de *El sombrero mágico*, evocando con nostalgia esa época.

Ella me habla largo y tendido sobre el contenido del cuento, sobre sus imágenes, y sobre las innumerables tardes que pasó junto a Mario, leyéndolo una y otra vez en un acto de memoria compartida. Está tan emocionada que lo va a buscar, y no para hasta que lo encuentra. Me lo entrega. Quiere que me lo lleve, a pesar de la lluvia, para que lo lea esa noche. Ese cuento es más que un cuento.

Mario

Nacido en México y estudiante de arquitectura, como Leo, Mario es un joven que dejó el país donde nació con 17 años. Dejó también una novia y su grupo de

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

amigos.

Durante las conversaciones que mantengo con Leo y, sobre todo, con su madre, se muestra siempre pendiente, alerta. Aunque esté en su cuarto dibujando o aunque diga que se va a dormir, nos escucha atento y silencioso.

En algún momento, desde su litera, abrirá la puerta del cuarto para apostillar algo, recuperar algún objeto o matizar alguna apreciación. Mario es la voz que contrapuntea las de Laura y Leo y da otras lecturas de los objetos.

Su habitación, dividida en dos grandes espacios, la cama arriba, el estudio abajo, está llena de recuerdos y fotografías. Llama la atención que en lugar de afiches de grupos de música, de actores o actrices de cine, tenga sólo fotografías de gente querida y cercana, y de lugares mezclados: los antiguos, de su adolescencia en México, y los nuevos paisajes de su vida en Barcelona. También guarda sombreros de los distintos lugares donde ha vivido o viajado.



En la puerta, de doble hoja, que da entrada a su habitación tiene también una exposición de fotos: de su antigua casa en México; de un cuadro de Guayasamín que le gustaba y que consiguió ver en un viaje que hizo a Ecuador; de sus mejores amigos en México; de su familia chilena. En la esquina y en blanco y negro, una hermosa foto de su madre.

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name


En un momento dado, Mario se levanta y va a buscarme algo. Me lo muestra, serio y en silencio, como si fuera lo más preciado de su tesoro memorístico. Es un viejo crucifijo que le regaló un cura jesuita, maestro y amigo de cuando vivió de niño en la ciudad mexicana de Puebla. Aunque me subraya que él no es católico, ese Cristo tiene un significado especial para él.



Pero ese crucifijo tiene algo especial: Mario le ha amarrado en uno de los brazos en cruz del Cristo doliente una ramita de olivo que le entregó una gitana en Sevilla, en el primero de sus viajes por España. De Puebla a Sevilla, del cura a la gitana, el crucifijo con la ramita simbolizan para Mario lo que ha sido su exilio: la amalgama.

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name
Del viejo mueble a las plantas

El tercer día de mi visita la casa está revuelta. Sé que han pasado cosas durante esos días. Lo he ido viendo en los rostros. Y Laura me ha ido contando.

El sábado, a la hora del café concertado para tomar fotografías, Laura está en el baño y tarda unos minutos en aparecer en la salita. Cuando lo hace, está llorando. De forma valiente, abrazándose a Leo, me confiesa que este trabajo ha sido muy duro para ella. Que desde mi primera visita se ha ido encontrando cada vez peor. Por las noches soñaba con la casa y los objetos dejados atrás. En México. En Chile.

Mi intuición sobre la importancia de los objetos en la vida y en la casa de Laura se muestra ahora a flor de piel.

Cuando me acerco a Laura para pedirle perdón sobre el revolvimiento originado por mí a partir de sus cosas, ella me dice que no me preocupe, que en realidad está contenta porque ha entendido el hilo conductor entre las cosas y porque alguien también ha recogido ese hilo conductor.

Las últimas fotografías que tome en la casa serán de las plantas de su terraza y de la trepadora que ha invadido, desde los últimos meses, una esquina de la habitación.



Cuando empecé a frecuentar la casa de la Barceloneta, era una casa sin plantas. La terraza pequeñita que daba a la calle estaba vacía. Cuando le comenté a Laura la

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

austeridad de ese balcón, ella evocó sin embargo la cantidad de plantas y flores que tenía en su casa de México. Y me confesó que todavía no podía plantar nada en su casa de la Barceloneta.



Ahora el balcón luce bonito, rebosante de macetas con flores. Lo curioso, me dice Laura, es que ella fue quién plantó y sembró todo, pero que ha sido Leo quien ha cuidado con esmero todas las plantas.

Cuando me despido de ellos, después de la comida, no puedo dejar de observar por última vez el mueble viejo encontrado en la calle hace ya unos meses y que descansa escondido bajo una tela amarilla.

Ese objeto “tapado” se me antoja una especie de pacto entre Laura y Leo que nos revela, como el iceberg, una parte minúscula de las ganancias y de las pérdidas que supone todo exilio: su cara y su cruz.

Conclusión

Una vez finalizado el trabajo, ya en el momento de la escritura, me interrogo sobre el impulso de búsqueda que me llevó hasta la Barceloneta y que esconde el poso de la experiencia propia. Vivir y abandonar lugares no deja indemne. A veces, cuando recordamos, viajamos mentalmente a esos lugares y “resucitamos” los objetos que nos acompañaron. Los recorremos mentalmente. Ahí, entonces, la superposición de los imaginarios mentales a los físicos se hace evidencia. Nuestro recuerdo puede adoptar una forma física, contornos materiales y, más allá de lo visual, también recuperar el tacto, el olor y hasta el sonido de las cosas.

La memoria funciona a partir de múltiples mecanismos. Uno de ellos articula la

perifèria

Número 13, diciembre 2010

www.periferia.name

memoria a los espacios y a los objetos, como decíamos al inicio, y estos se vuelven depósitos donde almacenar la vida vivida. Asomarse a los objetos que habitaron, o habitan todavía los lugares, puede desencadenar un flujo de recuerdos.

Esa fue mi propuesta. Recorrer una casa desde la "vivencia" de sus moradores y a partir de sus objetos cotidianos. Indagar en los significados y en las palabras que cada uno de ellos les otorgó a través de sus distintas experiencias de desplazamiento y de exilio.

"El espacio se deshace como la arena que se desliza entre los dedos. El tiempo se lo lleva y sólo me deja unos cuantos pedazos informes. [...] Escribir: tratar de retener algo meticulosamente, de conseguir algo que sobreviva: arrancar unas migajas precisas al vacío que se excava continuamente, dejar en alguna parte un surco, un rastro, una marca o algunos signos".

(Perec, 1999:140).